

Ecós de amistad

Por Emanuel Gutiérrez Páez

Era mi primer día de clases de Derecho en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Era una mañana agradable, como generalmente sucedía en el mes de marzo, donde quedaban los últimos vestigios del verano. Había bajado caminando, desde mi casa en cerro Barón. Ver el mar en la mañana me servía para calmar los nervios, que sentía al entrar a la Universidad. Nunca me había cambiado de colegio, por lo que nunca había tenido que sufrir la circunstancia de tener que conocer gente nueva.

Al llegar al imponente edificio, sentí cosquilleos. Desde pequeño había deseado entrar a esta carrera, siempre me había apasionado las leyes, y la manera en que defienden los abogados en las series y películas que veía. Realmente era mi sueño, y sabía el peso y responsabilidad que tenía al estudiar en esta Universidad tan prestigiosa.

Entré con paso decidido, sabía que mi primera clase era de Derecho Constitucional, pero no sabía en dónde quedaba la sala que me tocaba, y era mi primera vez en ese edificio. Solo sabía que era la 1- 19. Me daba vergüenza preguntar a alguien el lugar de la sala, así que con la misma decisión con la que entré subiendo los escalones, me moví al patio que quedaba al lado izquierdo. Fui a la primera puerta, la encontré cerrada y sin número, un pésimo comienzo. Fui a la siguiente puerta, me pasó lo mismo. Gracias a Dios, en la tercera puerta, estaba abierta y se veía como una sala, esas típicas de películas, pero el número era la 1-36, sabiendo que mi sala era la 1-19, sabía que estaba cerca. Seguí revisando todas las salas de aquel patio, sin tener suerte en aquella búsqueda... menos mal nadie me conocía, hubiera sido una humillación que hubiera perdurado toda mi estancia en la Universidad.

Por ello seguí mi camino hacia el patio que se encuentra a la derecha, por el pasillo en donde descubrí que se encontraba el baño, llegando al comedor. Al llegar al patio, me di cuenta que solo había una sala, por lo que caminé rápidamente hacia ella, dándome cuenta que era la sala que estaba buscando. Estaba abierta, pero no sabía si entrar o no, ya que al asomarme no había nadie adentro, suceso similar ocurría en las periféricas bancas. Bueno... parece que como siempre había llegado muy temprano, la clase comenzaba a las 8:15, y yo ya estaba esperando afuera de la sala a las 7:30, una costumbre que se me había pegado por mi familia. Así que no quise arriesgarme, y tomé la decisión de sentarme cerca de la puerta esperando que llegara alguien, y tomara la iniciativa de entrar.

No tuve que esperar mucho tiempo, unos tres minutos aproximadamente después de mi decisión, viene caminando hacia la puerta una persona, que parecía encontrarse como perdido por el pasillo. Lo más probable es que así me hubiera visto unos minutos antes buscando la sala de la clase. Se asoma al igual como lo hice yo, y mira para todos lados. No me había dado cuenta, pero era el único que se encontraba en el patio a esa hora, que no fuera alguien que trabajara en la Universidad. Por lo que se me acerca y me dice:

-Disculpe amigo, soy mechón. ¿No sabe si en esta sala es la que dan Derecho Constitucional?

-Sí, esta sala es- respondí.

-Genial. Soy Alejandro- estira la mano para que la pueda apretar-. ¿No sabes si alguien ha entrado o sí se puede entrar?.

-Soy Gabriel- estreche la mano-. La verdad es que no tengo idea. Tengo la misma incógnita que tú.

-Mmm... bueno, a veces en la vida hay que tomar riesgos. Entremos, lo peor que nos puede pasar es que nos echen de la sala. No creo que nos echen de la Universidad el primer día- respondió Alejandro con una sonrisa al final.

-Sí, tienes razón. Aunque esperaba alguien que tomara la iniciativa, preferible que la hagamos juntos- levantándose de la banca.

De esa forma, entré conversando y conociendo mucho más a Alejandro, hasta sentarnos juntos en la mitad de la sala, mientras veíamos como de a poco entraba gente al aula. Tras ese primer encuentro, me sentí realmente cómodo con Alejandro, sabía que iba a comenzar una gran amistad, que prometía pasar por años.

Y así fueron avanzando los semestre, y nos convertimos en inseparables, transformándose en mi mejor amigo. Estudiábamos juntos, nos dábamos ánimos juntos, jugábamos a la pelota, y nos íbamos de fiesta. Año a año, semestre a semestre fuimos construyendo una bonita amistad, siendo la Casa Central el testigo privilegiado de este lazo. Realmente, se había convertido en un pilar para mí, teniendo los mejores recuerdos de mi vida y de la Universidad, compartidos con él.

Ahora, ya con 10 años ejerciendo la abogacía, trabajando en la ciudad de Santiago, volví a Valparaíso, para ir y caminar por esos pasillos, donde tuve tantas charlas con Alejandro, donde cada vez que nos sucedía algo malo o que no nos gustaba decíamos la palabra “peoor!”, lugar donde me acuerdo de haber corrido varias veces entre ventanas para poder entrar a la sala, antes de que el profesor cerrará la puerta. Ambos patios de la Casa Central, con sus pasillos y bibliotecas, son testigo del esfuerzo que ambos hicimos para poder licenciarnos de la carrera. Es increíble como ha pasado el tiempo.

Lo malo, es que no quiero terminar esta vuelta a Valparaíso, porque sé cual es mi última parada de este viaje. No quiero ir a ese lugar frío y ventoso de la ciudad, donde se respira tristeza por todo el lugar. Quiero seguir viviendo esos recuerdos cálidos que me trae la Casa Central y las calles de su alrededor. Pero necesito hacerlo, no puedo fallar en esto a mi mejor amigo. No puedo fallar, en llevar un ramo de flores, y dejarlo en la lápida en la que se encuentra enterrado mi querido amigo Alejandro. No me puedo creer, como la vida fue tan cruel, con un gran amigo como tú.